



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

México

Alonso, José A.  
PROTOINDUSTRIALIZACIÓN, INFORMALIZACIÓN, GLOBALIZACIÓN  
Bajo el Volcán, vol. 2, núm. 3, segundo semestre, 2001, pp. 33-42  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28600303>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## PROTOINDUSTRIALIZACIÓN, INFORMALIZACIÓN, GLOBALIZACIÓN

José A. Alonso

### RESUMEN

Samuel Huntington, conocido politólogo estadounidense, clasifica a México como un “país roto” (torn country). México, asegura, es una nación latinoamericana, cuyos líderes políticos han tratado recientemente de asimilarla –incluso culturalmente– al bloque norteamericano. ¿Tendrá éxito esta estrategia? El objetivo de este artículo es contrastar este dictamen de Huntington con la reciente expansión de la maquila en la región de Puebla y Tlaxcala y, en general, en diversas zonas de la República Mexicana. La comparación de este reciente fenómeno “maquilero” con la protoindustrialización europea permite llegar a la conclusión de que el México neoliberal, más que un “país roto”, se ha convertido en un país maquilador y, por ende, su integración al bloque norteamericano es cada día más asimétrica y desnacionalizante.

### ABSTRACT

Samuel Huntington, a well-known political scientist in the United States, classifies Mexico as a “torn country”. In his opinion, Mexican political leaders have been trying for the past decade to change their country from a Latin American into a North American one. ¿Will they succeed in establishing their economic, social, and cultural strategy? This article’s aim is to test Huntington’s opinion by delving into the recent “maquila” process that has been taking place in the states of Puebla and Tlaxcala for the past fifteen years.

By comparing the current situation of the Mexican clothing industry with the “proto-industrialization process” in some European countries, we reach the conclusion that the spreading of the ‘maquila system’ in a few Mexican regions is not transforming Mexico into a “torn country”. Rather, the growth of the “maquila” and of the informal sector is turning Mexico into a more dependent and asymmetrical country in North America in terms of the economic and social structure.

La discusión de Samuel Huntington (1993) sobre el choque de las civilizaciones afecta directamente a Latinoamérica y, más en concreto, a México. En su opinión, los principales enfrentamientos del futuro tendrán lugar no entre naciones, sino entre culturas. Una de las principales culturas es la iberoamericana. México en particular destaca en el panorama mundial porque junto con Turquía es clasificado por Samuel Huntington como un “país roto” (torn country) (1993:42). Ambos son países que pertenecieron por siglos a una civilización, pero que por diversas razones han cambiado de bando. La tragedia de Turquía es que al ser una nación musulmana no será aceptada por el Occidente Cristiano.

¿Ocurrirá lo mismo con México? La situación creada en México es distinta y mucho más reciente que en Turquía. Hace sólo cinco años Samuel Huntington veía a México en el contexto sociopolítico generado por el TRATADO DE LIBRE COMERCIO DE AMÉRICA DEL NORTE (en adelante, TLCAN). México, según él, había dejado de oponerse a los Estados Unidos y trataba de imitar a este país por medio del TLCAN. Las élites mexicanas han tratado desde 1982 con Miguel de la Madrid y, sobre todo, durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari de redefinir la identidad de los mexicanos. El siguiente diálogo referido por S. Huntington (1993: 43) no deja lugar a dudas:

En 1991 un consejero del más alto nivel del Presidente Carlos Salinas de Gortari me describió largamente todos los cambios que el gobierno de Salinas estaba llevando a cabo. Cuando concluyó, yo comenté: “Esto es impresionante. Me parece que Uds. básicamente lo que pretenden es convertir a México de un país latinoamericano en un país norteamericano”. Entonces él me miró con sorpresa y exclamó: “Exactamente. Esto es precisamente lo que nosotros estamos tratando de lograr, pero por supuesto nosotros no lo podemos proclamar públicamente”.<sup>1</sup>

Esta anécdota y otras semejantes difundidas en México no pueden dejar de provocar indignación y sorpresa en las mayorías mexicanas. Más aún, hoy día cuando los acontecimientos de 1994 mostraron el verdadero intento de Carlos Salinas y de su camarilla (Castañeda:1999).<sup>2</sup>

En nombre de la globalización modernizadora, estos tecnócratas en el poder intentaron convertir al país en un rehén de sus designios caciquiles y de sus ambiciones personales. Pero aun admitiendo la objetividad de estas asechanzas caciquiles, la pregunta de fondo es la siguiente: ¿Es posible llevar a cabo este cambio de la cultura mexicana? ¿Podrán nuestras élites políticas realizar esta brutal redefinición de la identidad y la historia de México? Para que México deje de ser un “país roto” deben cumplirse tres condiciones en la opinión de Samuel Huntington (1993:44): la primera es el apoyo decidido y entusiasta de las élites políticas y económicas de México; la segunda es la aquiescencia de las mayorías mexicanas hacia esta redefinición y, finalmente, los grupos dominantes de la civilización receptora deberán acoger con beneplácito al país recién convertido. Según el sentir de Samuel Huntington estos tres requerimientos se cumplen en gran parte en el caso de México.

#### EL ENIGMA DE LA GLOBALIZACIÓN

Nuestra hipótesis, por el contrario, es que la opinión tan optimista de Samuel Huntington es un caso patético de “wishful thinking” (proyección de un deseo). Imbuido de los intereses políticos y estratégicos de los Estados Unidos (Saxe-Fernández, 1999: 9ss.), Samuel Huntington piensa que México ha iniciado de la mano del TLCAN un camino sin retorno. En efecto, el TLCAN como mecanismo globalizador responde en plenitud a la lógica imperial de los Estados Unidos. Nada más conveniente desde la perspectiva norteamericana que pensar que la integración definitiva de México al bloque americano, comandado por los Estados Unidos, está a la vuelta de la esquina.

Las tres condiciones enumeradas más arriba por Samuel Huntington están formuladas en un nivel de abstracción tan elevado que no pueden convertirse en indicadores adecuados para operacionalizar la supuesta modernización de México. ¿Cómo averiguar, por ejemplo, que las mayorías mexicanas están de acuerdo con el giro de ciento ochenta grados en la política internacional mexicana iniciada durante el sexenio salinista? Nuestra propuesta metodológica es que en vez de pensar en sondeos de

opinión o en evaluaciones individuales siempre discutibles, la opción más acertada es analizar desde una perspectiva histórico-estructural, el impacto ejercido por el TLCAN en la sociedad mexicana. ¿Qué ha ocurrido en México a partir de 1994 cuando entró en vigor el TLCAN? ¿Se ha modernizado la industria mexicana? ¿Puede admitirse como un criterio de modernización el hecho de que la estructura industrial de México haya adquirido cada vez más tintes maquiladores? En síntesis, ¿es la maquila un indicador de modernización o, más bien, de norteamericanización?<sup>3</sup>

Este planteamiento nos conduce de lleno a lo que Samuel Huntington califica como “el eje central de la política mundial en el futuro”, usando una expresión de Kishore Mahbubani, que es el conflicto entre el Occidente y el resto del mundo y las respuestas que las civilizaciones no-occidentales generen frente al poder y los valores de Occidente. Mahbubani habla de tres respuestas posibles. Una, es el aislamiento como en los casos de Birmania y Corea del Norte; opción inaplicable en el caso mexicano. La segunda alternativa es la aceptación total indiscriminada de los valores e instituciones Occidentales. La tercera alternativa consiste en integrarse al bloque Occidental, pero desarrollando su propio poder económico y militar y teniendo lazos de cooperación con sociedades no-occidentales, mientras que simultáneamente se preservan los valores e instituciones autóctonas. Se trataría, por tanto, de modernizarse sin occidentalizarse.

En el caso de México, país integrado al bloque occidental desde 1521 cuando todavía era la Nueva España, ¿cuál es la opción más viable o más conveniente? Mi tesis es que las élites mexicanas bajo el liderazgo de Carlos Salinas intentaron poner en práctica la segunda alternativa. Esto es lo que da a entender la conversación ya citada entre Samuel Huntington y un alto consejero del expresidente Salinas. Su estrategia consistió en pretender modernizar a México mediante su “norteamericanización” (=yanquización). Recurrimos al término inusual de “yanquización”, concepto más usado en Europa cuando designan a los estadounidenses como “yanquis”, como una simple sugerencia para referirnos a un proceso imposible de delimitar con vocablos de uso común, tales como “americanización” o “norteamericanización”. La razón es que tanto los Estados Unidos como México son países americanos y, más en concreto, norteamericanos junto

con Canadá. México es desde hace casi doscientos años un país americano y norteamericano. La idea de fondo, por tanto, es corregir el comentario de Huntington al afirmar *you want to change Mexico from a Latin American country into a North American country* (véase nota 1). El concepto de “yanquización”, u otro más adecuado si alguien lo inventa, sirve para explicitar y denunciar la verdadera intención de Huntington como fiel intérprete del neo-imperialismo estadounidense (cfr. Saxe-Fernández, 1992, 1999) y de las élites políticas mexicanas, incapaces de encontrar una estrategia más adecuada para promover el desarrollo autónomo –que no autárquico– de México en cuanto país independiente.

En vez de “integrarse” de manera acrítica y servil a los designios del coloso de Norte, creemos que la única alternativa digna y viable para México, si quiere conservar su integridad nacional y territorial, es la tercera. Esto es, México debe modernizarse sin “americanizarse” (=yanquizarse). En un mundo capitalista y globalizado México, como cualquier país preocupado por su supervivencia como nación independiente, no tiene otra alternativa que buscar su modernización autónoma a través de un desarrollo industrial que integre los dos modelos ya conocidos, es decir, la sustitución de importaciones y la apertura decidida a las exportaciones.

En un artículo previo (Alonso, 1998c) hemos descrito más prolijamente esta estrategia de desarrollo. Insistir de manera unilateral en la sustitución de importaciones o en la sustitución de exportaciones sería condenarse al fracaso. Ambos modelos de desarrollo deben conjugarse de tal manera que la producción industrial nacional se dirija tanto al mercado nacional como al extranjero y, a su vez, las exportaciones de mercancías a los mercados foráneos consigan para México las divisas necesarias para promover su desarrollo industrial y tecnológico.

Si adoptamos la conocida conceptualización de Wallerstein (1979, 1984) –y a su manera del mismo Prebisch– basada en la conformación de una economía-mundo capitalista integrada por el centro y la periferia, el objetivo de las élites mexicanas no debería plantearse en términos de “americanización” o de “occidentalización”. México, como cualquier país capitalista arrumbado en la periferia, debe fijarse como objetivo priorita-

rio el superar su condición periférica. En la economía-mundo capitalista, como es bien sabido, los países periféricos son los exportadores de materias primas. El verdadero dilema, por tanto, no consiste en elegir entre la sustitución de importaciones y la sustitución de exportaciones. Estas estrategias de industrialización deben subordinarse al gran objetivo de abandonar la periferia capitalista. La lógica immanente en la economía-mundo capitalista presenta características aún más acuciantes en el caso de México por estar integrado en el bloque norteamericano, en el que se enfrenta a dos colosos del centro capitalista. Tanto los Estados Unidos, como Canadá son miembros del famoso G-7. De ahí que pensar en términos del estructuralismo nekeynesiano para superar la condición periférica en México es claramente insuficiente. Keynes, como buen pensador inglés, nunca se enfrentó al problema específico de la periferia capitalista.

Una novedad reciente que el economista inglés no pudo tener en cuenta es la actual industrialización de la periferia a través de la estrategia maquiladora. Desde 1994 México se ha convertido en un paradigma a nivel mundial de este tipo de industrialización. El reto consiste, por consiguiente, en internalizar los beneficios innegables que las empresas transnacionales aportan a nuestro país. Sin olvidar, no obstante, que estas empresas llegan a México, ante todo, para incrementar sus utilidades. Países como Corea del Sur o Taiwán son un ejemplo de cómo apoyarse en la industria maquiladora para abandonar con éxito la periferia capitalista. México no puede seguir al pie de la letra su ejemplo. Pero, como lo hemos escrito anteriormente (Alonso, 1998c: 151), la lección para México de estos Tigres Asiáticos es que no nos queda otra alternativa para escapar a la periferia capitalista que aplicar la lógica inherente al modo de producción capitalista. La globalización neoliberal de los cuatro últimos lustros ha hundido a México en el fondo del capitalismo periférico porque nos ha convertido en exportadores netos de materias primas. Entre ellas destaca la fuerza de trabajo barata, pero muy apetecida por los empresarios extranjeros, que exportamos sea a través de la emigración hacia los Estados Unidos o sea a través de los trabajadores, cuyos frutos laborales son exportados por medio de las empresas transnacionales maquiladoras instaladas en territorio mexicano.

¿Podrá México seguir esta tercera alternativa? En definitiva, éste es el reto que enfrenta nuestro país. Para lograrlo tendrá que superar obstáculos externos e internos. Los externos se concentran primordialmente en los intereses geopolíticos de los Estados Unidos. Este país es el primero en oponerse al desarrollo autónomo e independiente de México (Saxe-Fernández, 1992).<sup>4</sup>

No obstante, como ese primer obstáculo es de sobra conocido no insistiré más en él. Concentraremos nuestra atención en el segundo, el obstáculo interno. En pocas palabras, este obstáculo es la carencia de élites o líderes políticos y empresariales capaces de construir una estrategia de desarrollo que desemboque en la construcción de un tejido industrial, autóctono aunque no aislacionista, capaz de surtir al mercado interno y externo (Martínez, 1995).

Es evidente que la construcción de un tejido industrial con base nacional es cada vez más complicada. En un mundo globalizado, como el actual, que se encuentra cada vez más dominado por la llamada “industria mundial” (Vilaseca, 1995: 217-234), México no podrá industrializarse mediante la repetición de modelos añejos que fueron exitosos en Inglaterra o Japón, por ejemplo. Según Vilaseca (ibid., 219), México pertenece a la periferia industrial. Tejidos industriales periféricos, a nivel nacional, son aquellos que poseen menores productividades y que se apoyan en sectores manufactureros más antiguos (alimentación, industria textil y del vestido e industria pesada menos tecnificada). La nueva división internacional del trabajo, gracias a las industrias enclave o maquiladoras, complica la situación para México y sus posibles intentos de abandonar la periferia capitalista. Primero, porque las élites gubernamentales y privadas mexicanas deben contar con la presencia creciente de las empresas transnacionales, cuya lógica productiva nunca se orienta a rescatar al país-huésped de la periferia. Segundo, porque la vecindad de México con la mayor potencia industrial del mundo no constituye ningún punto a su favor. Estos obstáculos externos, aunque inevitables, no deberían convertirse, sin embargo, en cortapisas infranqueables para que México fuera capaz de construir un sistema industrial capaz de transformarse en la palanca indispensable –aunque no la única– que lo saque de la periferia.

## EL SEÑUELO DE LA PROTOINDUSTRIALIZACIÓN

El punto de partida para analizar este obstáculo interno al desarrollo de México es la reflexión sobre un fenómeno social detectado en México desde hace lustros y que se ha acentuado en ciertas regiones a partir de la crisis de 1982 (Alonso, 1998a, 1999). Nos referimos a la proliferación de la maquila y de la industria domiciliaria en zonas tan diversas como El Bajío, Yucatán, Jalisco, el estado de México y en la región conformada por los estados de Puebla y Tlaxcala.

Investigaciones recientes muestran que la apertura comercial propiciada por el gobierno mexicano desde 1985, sobre todo, con la entrada en vigor del TLCAN en 1994 ha desencadenado un proceso de “maquilización” intensiva en diversas regiones del país (Peña y Alonso, 1998). El reto consiste ahora en interpretar el sentido de esa multiplicación de industrias subcontratistas que actúan con frecuencia en un nivel domiciliario. Surge en este contexto la referencia a la protoindustrialización, tema intensamente discutido en la década de los ochenta sobre todo por historiadores del Primer Mundo.<sup>5</sup> ¿Puede hablarse en México –y en otros países de América Latina de una nueva versión de la protoindustrialización clásica? De ser este el caso, ¿se trataría de una etapa previa a la industrialización definitiva de México?

En relación con la protoindustrialización de Europa, el tema ha sido discutido por historiadores en el contexto de las nacientes industrias a partir del siglo XVI. Maxine Berg habla de dos modelos explicativos distintos, relacionados con el surgimiento de la industria europea. El primer análisis de esta expansión industrial es el modelo de Marx de la fase de la manufactura y, con él, su teoría sobre la acumulación primitiva (1987:80). En esta fase, según Marx, se disoció al trabajador de la posesión de los instrumentos de su propio trabajo. Pero más recientemente, historiadores de la economía han propuesto una explicación alternativa más detallada (1987:88). Hablan del cottage-system o del putting-out system (en países de habla inglesa) o del Verlagssystem (en países de habla alemana).

La “protoindustrialización” consiste en un sistema rural de putting-out (=maquila domiciliaria) considerado como una etapa histórica dife-

renciada que precedió y preparó el terreno para la industrialización propiamente dicha.<sup>6</sup> Más que elegir una de estas dos teorías y sin entrar en la discusión reciente propiamente dicha, nos interesa sólo destacar que la protoindustrialización fue exitosa en ciertas zonas europeas, mientras que en otras produjo la desindustrialización. ¿A qué se deben suertes tan distintas? Éste es el aspecto que nos interesa esclarecer para poder interpretar el fenómeno actual de la región poblano-tlaxcalteca.

Los hallazgos de Herbert Kisch (1989) en su libro *From Domestic Manufacture to Industrial Revolution*, documentan los éxitos de la industria domiciliaria en la Baja Renania (Krefeld) y los descabros de esta misma industria nada menos que en Berlín. ¿A qué se deben destinos tan distintos en dos regiones de la misma nación alemana? La respuesta a esta pregunta nos puede dar la clave para interpretar la industrialización actual en el estado de Tlaxcala.

Entre ambas regiones alemanas existían grandes coincidencias. Ambas contaban con abundante fuerza de trabajo barata y rural, que necesitaba complementar sus ingresos agrícolas con otros recursos económicos. Ambas poseían comerciantes-empresarios que, además de su experiencia y de sus conocimientos de la industria textil, coincidían en su motivación religiosa. Unos eran imbuidos de la ética calvinista, mientras que en la Baja Renania los Verleger (comerciantes-empresarios) eran menonitas, bien conocidos por su profunda religiosidad y su entrega febril al trabajo. En ambas regiones se contaba con el apoyo firme del Estado. Más aún, es preciso puntualizar que Federico el Grande de Prusia estaba decidido a crear en la región de Berlín un centro manufacturero de la seda que hiciera la competencia a las famosas sederías de Lyon.

Sin embargo, la industria a domicilio fracasó en Berlín y triunfó en la Renania. La clave para explicar suerte tan dispar radica en la estructura de clases de ambas regiones. En síntesis, el argumento de H. Kisch (1986) consiste en contraponer el ambiente de libertad y de iniciativa empresarial reinantes en la Baja Renania a las regulaciones excesivas y mercantilistas, impuestas en Berlín por el rey junto con la estructura feudal de las relaciones sociales imperantes en aquellas zonas rurales del noreste alemán.

En la Baja Renania se conjunta la presencia de unos comerciantes-empresarios que poco a poco desplazaron a los comerciantes holandeses y que crearon una intrincada red de relaciones capitalistas en las zonas rurales, con el interés de las familias campesinas, dueñas de pequeñas posesiones, y que gracias a sus relaciones familiares y a sus convicciones religiosas, lograron convertir a Krefeld en la Baja Renania en una colmena de actividad industrial y en un centro manufacturero de seda de los primeros del mundo.

En Berlín, por el contrario, el sistema feudal dominante ahogó el progreso industrial. Tanto el rey de Prusia como los señores feudales eran Junkers, es decir, terratenientes imbuidos de normas y principios preindustriales. La monarquía dependía de un ejército y de una burocracia demasiado numerosa. Todos los oficiales de ambas instituciones tenían que ser seleccionados de la aristocracia asentada al este del río Elba. Tanto el rey como los nobles se opusieron a los intereses de los nuevos empresarios capitalistas que pretendían comprar tierras en los dominios de los terratenientes feudales. En definitiva, el ímpetu burgués chocó contra el rey y sus cortesanos. En Berlín y sus alrededores, las relaciones sociales feudales impidieron la consolidación de una moderna industria textil.

Teniendo en cuenta este antecedente histórico podemos ahora volver a la pregunta original relacionada con la actual industria textil y del vestido en Tlaxcala. Apoyados en varias investigaciones de campo, realizadas recientemente en Tlaxcala, podemos constatar el alto grado de difusión y de expansión de la maquila domiciliaria en numerosos municipios de Tlaxcala (Alonso, 1997). La pregunta obvia es si la proliferación de microindustrias y de talleres maquiladores en todo el estado es el anuncio de una futura y provisoria industrialización autóctona y exportadora en el estado de Tlaxcala. Nuestra respuesta –objetiva, creemos, más que pesimista– es que la maquila tlaxcalteca no presenta signos de convertirse en un detonador de la industrialización autóctona en la región. Las fuerzas sociales dominantes, incrementadas por el TLCAN, convierten a las microindustrias y a los talleres maquiladores domiciliarios en mecanismos de subsistencia, por una parte, y de una desindustrialización disfrazada al convertir a los antiguos empresarios independientes tlaxcaltecas en simples maquiladores para empresas foráneas.